

Carta a los hebreos

La excelencia del hijo del creador

Sección 8

Por eso dice, hebreos, capítulo 12, 1 y 2, por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante.

En otras palabras, este es tu turno, ahora te toca a ti, ahora me toca a mí, correr esta carrera que corrieron todos estos héroes de la fe, desde Abraham y todos los que continuaron creyendo al invisible, creyendo aquel que prometió y aún a pesar de su lógica, a pesar de las evidencias se mantuvieron fieles, porque su ciudadanía no estaba en esta, tierra.

Por eso Yeshúa dijo; mi reino no es de este mundo, si mi reino fuera de este mundo, mis discípulos pelearían por mí, pero mi reino no es de este mundo, así que teniendo, en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Yeshúa el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio y se sentó a la diestra del trono de Dios.

Y ahora que es nuestro turno, ahora que nosotros estamos en el estadio, es como si, en el estadio la audiencia que nos está observando, el público que nos está observando en el estadio, son todos estos testigos que nos precedieron y ellos son los que nos están viendo como lo estamos haciendo, por eso es importante leer las historias de las escrituras, por eso es importante inspirarnos con esas historias porque ellos están ahí, como si nos estuvieran diciendo, mira, yo lo logré, yo pude hacerlo, yo confié, yo estuve dispuesto a dar mi vida, mira, me persiguieron, mira, fue terrible, fui un peregrino en esta tierra, esta tierra no era digno, pero seguí adelante y aunque no recibí lo prometido, terminé la carrera.

Como dijo el apóstol Pablo, que estas puedan ser nuestras palabras al final, he peleado la buena batalla, he terminado la carrera, que podamos decir eso y mientras estamos en el estadio, mientras estamos en la carrera, ¿cómo vamos a aguantar los dolores, los calambres, la adversidad, ¿cómo vamos a aguantar? Puestos los ojos en Yeshúa, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, por el gozo puesto delante de él, porque él fue capaz de soportar la cruz, la vergüenza, los golpes, los azotes, ¿por qué? porque tenía puesta la mirada en el gozo que vendría cuando vea el fruto de la aflicción de su alma.

Como dice Isaías 53, verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho, por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos y llevará los pecados de ellos, cuando vea el fruto de su aflicción, cuando vea las multitudes incontables, cuando vea cumplida la promesa dada a Abraham, que en él serían benditas todas las familias de la tierra y vea a familias de todas las naciones y lenguas, confiando en él y siendo redimidas por él y viviendo eternamente con él, por esa visión del futuro, pudo padecer y sufrir la cruz, menospreciando el oprobio, no teniendo en cuenta el oprobio, la vergüenza, y se sentó a la diestra del trono de Dios.

Y va a cerrar con los últimos capítulos, Hebreos capítulo 12 y Hebreos capítulo 13, De manera práctica, de manera concreta, cómo correr con paciencia la carrera que tenemos por delante. En términos prácticos, en términos concretos, cómo vamos a comportarnos en esta carrera que tenemos por delante, en este peregrinaje terrenal.

De eso tratan los últimos capítulos. Capítulo 12, versículo 12 al 29. Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas. ¿Qué significa levantar las manos caídas? Bueno, están caídas porque ya perdimos la esperanza, ya es como que ya tiramos la toalla, ya tiramos la toalla por toda la adversidad, por todas las injusticias, por toda la corrupción, por todas nuestras debilidades, por todo lo que estamos viviendo en este mundo, ya tiré la toalla, ya bajé las manos, ya bajé la guardia.

Y con todo esto que nos acaba de inspirar, de decir, de mostrarnos el testimonio de estos personajes que se mantuvieron fieles a la palabra de Dios a pesar de la adversidad, ahora ya que nos da el ejemplo de que sí se puede, ahora sí nos dice, por lo cual, ahora sí, vuelve a levantar las manos caídas y las rodillas paralizadas, ya no estás orando, ya no estás usando tus rodillas para lo que son, ahora sí, ponte a orar, ponte a perseverar, levanta tus manos, pide ayuda, sigue confiando en la palabra de Dios y haced sendas derechas para vuestros pies para que el cojo no se salga del camino, sino que sea sanado, seguir la paz con todos y la santidad sin la cual nadie verá al Señor.

Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios que brotando alguna raíz de amargura o se estorbe y por ella muchos sean contaminados, no sea que haya algún fornicario o profano como Esaú que por una sola comida vendió su primogenitura.

O sea, por pensar en el aquí y en el ahora, por pensar en saciar sus necesidades inmediatas, menospreció una herencia eterna, no vayamos a ser como él, que por cosas temporales de este mundo, descuidemos el llamado tan eterno y sublime que hemos recibido, porque ya sabéis que aún después deseando heredar la bendición, fue desechado y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas, porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad,

al sonido de la trompeta y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no podían soportar lo que se ordenaba, si aún una bestia tocara el monte será apedreada o pasada con dardo y tan terrible era lo que se veía que Moisés dijo, estoy espantado y temblando.

En otras palabras, la voz que estás escuchando no es esa voz del monte Sinaí que se veía impresionante, o sea, si aquí lo que está diciendo es que la voz que se escuchó en el monte Sinaí fue tan temible, fue tan impresionante, ¿cuánto más? La voz que ahora estamos escuchando que viene del monte de Sion, de la ciudad celestial. Dice, sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles.

Quizás tú no estuviste en el monte Sinaí y aún esa imagen y esas escenas del monte Sinaí fueron espectaculares, fueron así, de causar un temor reverente al que hablaba, pero tú estás acercándote a algo mucho más sublime que eso, al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, a Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles.

Estás llamado no nada más a ser un pueblo terrenal, a una nación de sacerdotes y gente santa en este mundo, estás llamado a ser un ejército celestial, estás llamado a ser parte del ejército celestial de millares de millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios, el juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Yeshúa, el mediador del nuevo pacto y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.

¿Por qué? Porque la sangre de Abel trajo culpabilidad, pero la sangre de Yeshúa trae perdón, trae redención. O sea que estamos aquí, el escritor nos está diciendo considera el llamado que estás recibiendo, estás recibiendo un llamado celestial, estás recibiendo un llamado más allá de ser la nación que salió de Egipto y ser una nación aquí en la tierra.

Estás recibiendo ahora un llamado muy superior y es el llamado a ser una congregación de primogénitos de seres espirituales que vamos a juzgar la tierra entera.

Mirad que no desechéis al que habla, porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros si desecharemos al que amonesta desde los cielos.

Si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, ¿quién los amonestaba en la tierra? Moisés. Si ellos no escaparon, los que desobedecieron a Moisés, mucho menos nosotros si desecharemos al que amonesta desde los cielos.

La voz que estás escuchando, que te está diciendo, confía en mí, vuelve a mí, sígueme a mí, busca mi reino y mi justicia y todo lo demás vendrá por añadidura,

esa voz no la estás escuchando de Moisés, no la estás escuchando de un ángel, la estás escuchando del eterno Hijo de Dios que te está llamando.

La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido diciendo aún una vez más, aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo.

Y esta frase, aún una vez, indica la eliminación de las cosas movibles como cosas hechas para que queden las inconmovibles. Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud y mediante ella sirvamos a Dios, agradándole con temor y reverencia, porque nuestro Dios es fuego consumidor.

Tengamos gratitud de que esa voz celestial nos está hablando. Esa voz celestial, esa voz que habló en el monte Sinaí y que causó tanto terror, que ya no querían ni siquiera escucharle y le pedían a Moisés que él escuchara por ellos, esa voz te está hablando una vez más y esa voz te está diciendo confía en mí, sígueme a mí, esa voz ahora no te condena, esa voz ahora no te juzga, esa voz te da salvación, esa voz te da perdón, esa sangre habla mejor que la de Abel, o sea, no te tienes que estar escondiendo como Caín, tienes que confiar en esa voz que está queriendo pastorearte, redimirte.